

# Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.  
DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VÉLEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M<sup>a</sup>).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio).—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Comilo S.).—Echeverría (don Aquileo).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Iméndia (don Carlos).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M<sup>a</sup>).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Ruben).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schroeder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Viquez (don Faustino).—Vélez R (don Pedro).—Volio (don Anselmo.)

<p><b>Precio de Suscripción.</b></p> <p>En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado. En el extranjero .. 1-50. " " " " " " Números sueltos, \$ 0-25.</p>	<p>2<sup>a</sup> EPOCA. N<sup>o</sup> 1.</p> <p>San José, 10 de Julio de 1890.</p>	<p><b>Redacción y Admón.</b></p> <p>En la Oficina de "La Prensa Libre."</p> <p>SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.</p>
------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	------------------------------------------------------------------------------------	---------------------------------------------------------------------------------------------------------------

## SUMARIO.

"COSTA RICA ILUSTRADA," por Juan F. Ferraz.—ADELANTE, por Emilio Pacheco.—CRÓNICA MADRILEÑA, por Alfonso Pérez Nieva.—MEDIA NOCHE, por Manuel J. Barriere.—EL FUEGO, por Isidro Marín Calderón.—LILY, por C. G.—YO QUÉ, por Juan F. Ferraz.—NO HAY CASO, por C. G.—RISAS Y LLANTO, por Sirio.—NOTAS.—ANUNCIOS.

## COSTA RICA ILUSTRADA.

Distribuir colores sobre una paleta; diluirlos y combinarlos luego convenientemente; trazar sobre el lienzo con el pincel empapado en los matices, sombras, claro-oscuro y luces que la naturaleza ostenta y que embellece e idealiza la fantasía, los atrevidos rasgos del cuadro que luego cautiva y subyugue y se apropie la admiración del espectador: eso es ser artista.

Y aunque parezca cosa especial y reservada al genio superior, es también cierto que esas disposiciones naturales y aptitudes congénitas para el arte, duermen muchas veces el sueño de lo ignorado y de lo inconscio, y hay que despertarlas.

Así se reveló por inesperada manera el talento pictórico del Mulato de Murillo.

Colón jugaba de niño con barquichuelos de papel, y había de descubrir en las carabelas de los Pinzones todo un mundo, que dormía en el seno del tenebroso océano el letargo del olvido, de la tradición y de los siglos.

La revelación del talento es una de las circunstancias más dignas de atención en el desenvolvimiento intelectual.

Los niños que toman un pedazo de tiza ó un carbón, y se entretienen fantaseando figuras más ó menos estrambóticas en pisos y paredes; los que todo lo quieren imitar con el lápiz ó el barro, y no se cansan de mirar y remirar láminas y estampas: éstos son de la pasta de los Rafael y Velázquez.

El quid está en aprovechar á tiempo y dirigir convenientemente esas tendencias y habi-

lidades, y en facilitar el desarrollo del embrión que germina escondido en el pequeño artista.

¿Cómo se aclimata el arte, cómo la literatura en un pueblo nuevo?

He aquí la cuestión que nos propone "Costa Rica Ilustrada," á quien vemos sentada en cómoda y amplia butaca, con la pluma en una mano, meditabunda, puesto el dedo índice de la izquierda sobre la prominencia frontal y medio recogidos los demás en símbolo de duda.

Un periódico ilustrado, una revista de artes, ciencias y letras, es indudablemente un cuadro que representa al vivo el estado social del pueblo donde sale á luz; más todavía, la prensa toda de un país retrata á su gente, es á su modo una *ilustración*, un grabado exacto, casi una fotografía.

Esta tierra de Pedrarias y Vázquez de Coronado, guiñon colocado en la frase del progreso de ambas Américas, tiene como la figura de un interrogante, cuya base está en el Golfo Dulce, Punta Burica, el viejo valle de Guaimí y la bahía del Almirante: el punto de la interrogación se halla en el pequeño cabo y en los altos y erizados cerros de Sal-si-puedes: la curva significativa de la pregunta se enrosca, después de pasar sucesivamente por el puerto de Limón, el delta del Colorado y la orilla sur del río San Juan y lago de Nicaragua, deprimiéndose con la bahía de Salinas, por medio de la península de Nicoya en el Golfo del mismo nombre, donde remata la cuestión propuesta.

Dentro de las sinuosidades de esa elegante voluta, que comprende un espacio de veintidós mil millas cuadradas, alzan sus hirvientes cerebros desde el volcán de Orosí hasta el Turrialba humeante, y desde el dormido Irazú hasta el Barba caduco y extinguido, y el Poás y el Tenorio altivos y el mugiente Cuipilapa.

Corrugación ingente de la tierra en su estado ígneo primitivo, presenta el istmo, como el dorso encrespado de un gato que acaba de levantarse del caliente rescoldo del hogar y se frunce y enarca al contacto del aire frío, ó que bufa en presencia de un perro, cuyo sereno continente le crisa los nervios.

Nudo gordiano de los Andes, que como si temieran el desequilibrio de ambos océanos, se

inclinan al Pacífico, robándole de siglo en siglo, de día en día y de momento á momento, un pedacito de sus cristalinos dominios, y dejando expuestas á la voracidad del Atlántico las tierras bajas del Norte y Este.

Y puesto que la naturaleza ha sentado aquí, entre estas enhiestas cumbres y estrechas gargantas y deliciosas planicies, sus retortas y matraces ciclópeos, de una y otra vertiente lanzanse como surtidores de una fuente de plaza pública, infinitos ríos que, murmurando dichas ó cantando quejas, van corriendo como nuestras vidas, según la poética expresión de Jorge Manrique, "*á se acabar*" en el seno bullente de las ondas.

Osténtanse por doquiera en Costa Rica las bellezas físicas más deslumbradoras, y no hay panorama que más variados aspectos ofrezca, agregándose á esto, y á un clima en general delicioso, el escondido incentivo de riquísimos veneros inexplorados. Es como una doncella que á los encantos de su rostro une la intacta fuente de goces y placeres no sentidos en el sagrado tabernáculo del corazón inocente.

La vegetación, á orillas de esos innumerables surtidores, y al abrigo de una y otra eminencia, es verdaderamente oriental y paradisíaca.

Todo contribuye, en fin, á disponer de este precioso fondo para delinear sobre él el cuadro del porvenir.

Ya se puede responder ahora á la pregunta que á los hombres hace el mapa de Costa Rica.

"¿Qué será?"

Nosotros, los que creemos en las grandes empresas, propuestas por el genio á la realización del capital y del trabajo, y de la cultura humana, tenemos fe en la realización del canal de Panamá; y si confrontamos lo que pueden hacer la emulación y la competencia, no dudamos de la apertura del canal del San Juan.

Cuando dirigimos la escrutadora mirada á las huellas históricas de aquella raza gigante de los españoles de los siglos XV y XVI; cuando vemos á Colón trayendo de la mano, como inspirado, al pueblo que en ese momento terminaba la contienda de setecientos años, iniciada á

orillas del Guadalete y concluida en los alcázares de Granada, y mostrando á Corteses y Pizarros campos inmensos de gloria inacabable; cuando contemplamos la persistencia inaudita de aquellos caudillos y de su jefe en buscar el paso occidental á las Indias: no podemos menos de admirar á quienes cuatro siglos después insisten en abrir ese paso: es como una deuda histórica á la gloria de Colón.

La apertura del Istmo no es idea nueva: Colón buscaba un estrecho natural y aun parece que creyó hallarlo en el Golfo de Paria.

Buscaron ese camino á las Indias orientales sucesivamente "Ponce de León, en la Florida en 1512; Díaz Solís, en el río de la Plata en 1516; Sandoval, en Tehuantepec; Orellana, siguiendo la corriente del Napo y bajando el Amazonas hasta el Atlántico; Diego de Ordás, navegando el primero por el Meta y el Orinoco; González de Ávila y Cernada, descubriendo el lago de Nicaragua, que miran como un mar interior de agua dulce, comunicando con el Atlántico por un ancho emisario y con el Pacífico por medio de otro río, según les dicen los indios, haciéndoles creer por un momento que han resuelto el deseado problema, pero convenciéndose por último de lo infructuoso de sus esfuerzos y trabajos, hasta que en 1520 Magallanes, capitaneando las naves españolas, descubre entre las brumas y nieves de una región ingrata y extrema de la América del Sur, la única solución de continuidad entre los dos mares, en el Estrecho que lleva su nombre, y que, por sus condiciones poco favorables, no podía satisfacer á las necesidades del comercio y de la navegación."

Mas no se detuvieron aquellos héroes ante el istmo que les cerraba el paso. Vasco Núñez de Balboa había pagado ya con su cabeza la osadía de haber atravesado el Darién, con mil indios y ciento noventa españoles, de los que sólo le quedaron setenta al terminar su jornada, cuando Saavedra hablaba de cortar el istmo en 1520; González de Ávila y Andrés Coronado, desde 1521, pensaban aprovechar el lago de Nicaragua, descubierto por ellos; en 1529 salvó Machuca el gran rápido que aun lleva su nombre, en busca de la comunicación fluvial; en 1531, Carlos V daba instrucciones á Cortés para buscar un camino entre ambos océanos, y Gomara, capellán de aquel caudillo, indicaba en 1551 tres trazados diferentes para conseguir ese objeto; González Sandoval, y Ordás, en ese mismo tiempo, exploraban el Tehuantepec.

La Inglaterra también se movió á la misma empresa á fines del siglo XVIII, y el norteamericano Walker, á mediados del presente, con la guerra traía la intención de aprovechar ese gran pensamiento secular.

Todos han pensado en lo mismo.

Mr. de Lesseps, casado con una dama de la alta aristocracia española, ha tenido la suerte de poner en ejecución el plan casi fabuloso.

Si Menocal, hijo de Cuba, se propone aprovechar el San Juan y el lago de Nicaragua, lo que intentaron González de Avila, Cernada, Estete, Machuca y Gomara, y consigue regularizar la compañía americana que ha formado, y da cima á su proyecto, endosado como está por opiniones tan valiosas como la de Ammen, Costa Rica quedará reducida á una isla, alrededor de la cual girará el comercio del Mundo entero.

Serán entonces ambos océanos y ambos canales como el marco de agua en que quedará encuadrado este delicioso paisaje, donde la exuberante madre tierra, y el cielo trasparente y profundo y las líneas férreas y el alambre eléctrico y los infinitos ríos navegables y las vegas y cerros pintorescos, han de formar el más bello y armonioso conjunto.

Artistas de "Costa Rica Ilustrada," escrito-

res costarricenses, juventud estudiosa: preparad los pinceles y la pluma.

El lienzo y el papel están listos.

JUAN F. FERRÁZ.  
(Reproducción.)

## ADELANTE !!

### I.

**S**OS tiempos son de redención y lucha. Es preciso vencer: con su palabra el orador; el poeta con el poder de su divina lira, que á un tiempo canta, profetiza y gime; y con su pluma el escritor sublime, que solamente escucha del sagrado deber la voz secreta, que alumbrá á la conciencia y la redime.

### II.

Nuestro siglo es de lucha y de trabajo; y en tan grandiosa y desigual pelea, por toda espada armarse de una idea, que hará temblar á la ambición de arriba y avergonzarse á la ruindad de abajo.

### III.

No es del vate la misión sublime cantar como las aves en el nido, ajenas ay! á cuanto en torno miran, sin fe, sin esperanza y sin anhelo! Que es su destino proscribir el vicio, llevando al alma el bienhechor consuelo. ¿En este mundo de miseria y duelo, quién por ventura de sufrir se exime, y quién no duda, y desespera, y gime?....

### VI.

¡Poetas, despertad! El egoísmo extiende la abyección por todas partes. Las sacras musas y divinas artes callan; con heroísmo el invasor torrente es preciso contener; soberana indignación encienda vuestros pechos, y vuestra voz airada y gigantea vibre y fulmine como el rayo ingente; "y si queréis que el universo os crea, (oid al gran Quintana) "dignos del lauro en que ceñís la frente, "que vuestro canto enérgico y valiente, "digno también del universo sea."

### V.

Amar á la mujer: sublime y dulce compañera del hombre, que en su anhelo y su pasión ardiente le hace olvidar la tierra, y en alas del amor lo lleva al cielo: eterna y santa fuente de luz, de inspiración y de consuelo; herir de muerte al fanatismo insano; amar la UNIÓN y acriminar la Guerra, y en uno sólo, inmenso y soberano, fundir los pueblos todos de la tierra; rayos de indignación y de exterminio lanzar contra el tirano inicuo, que á despecho de la Razón y Libertad sagradas, la Justicia conculca y el Derecho; llevar á la conciencia de la ignorante turba envilecida, á quien la infamia sin piedad oprime, la luminosa antorcha de la Ciencia; redimir al que gime; alzar á la Virtud augusto templo; honrar al genio; bendecir al Arte; y por toda creencia, proclamar con ardor y noble acento la hermosa religión del SENTIMIENTO: he aquí del Siglo la misión sublime!

Emilio Pacheco C.

## Crónicas madrileñas.

El hallazgo de Saint Saens.—El traje escolar.—El libro *Vida Moderna*.—La Providencia de Zorrilla.—Un abanico artístico.—Las cigarreras sevillanas.—Un recuerdo épico.



OR fin ha aparecido Saint Saens; hará un mes su ausencia inexplicable en ocasión tan poco oportuna para ello, fué el suceso del *voulevard*; todo París se hallaba alarmadísimo con la falta de su maestro predilecto; habíase puesto en escena con gran éxito la ópera *Ascanio* y su autor no daba señales de vida; llegó á pensarse en un secuestro, en un suicidio; ¡quién sabe los absurdos que inventó la imaginación parisiense echada á volar! Mientras Saint Saens, muy ajeno de la algazara que estaba promoviendo, gozaba tranquilamente de la dulce temperatura de Canarias.

Hacia el mes pasado de diciembre excitaba la curiosidad en Las Palmas un extranjero canoso, que usaba unos anteojos ahumados enormes; era un hombre aquel de porté distinguido, pero de extraño aspecto y con algo de arisco y huraño en la persona; señalábase el desconocido por sus aficiones musicales; dicen los periódicos de las islas que en cualquier parte donde oyera tocar un instrumento bueno ó malo allí estaba él; frecuentaba los círculos, y sentado al piano ejecutó cierta noche trasportándola de repente la serenata de *Meñistöfeles*, que varios socios lamentaban no poder cantar por lo alto del tono del teclado; tan particular circunstancia y los conocimientos que aquel sujeto demostraba en el divino arte, decidieron á nuestros compatriotas á hacer averiguaciones sobre quién pudiera ser tal personaje; exploraron en la fonda, y resultó llamarse Charles Sannois y ser de profesión comerciante. Esta humilde ocupación no engañó á los investigadores que presintieran debajo de ella otra cosa muy distinta: comenzó á ser abrumado para que se dejara escapar, y un día desapareció de Las Palmas; habíase dirigido al interior.

A la vuelta continuó todo lo mismo: cierta noche quiso tocar los timbales en la orquesta de una compañía de ópera, que por entonces actuaba en tales sitios; no consintiéndolo el director, le propuso encargarse del papel de Monterone en *Rigoletto*; si en esta segunda etapa los exploradores de la primera hubieran recorrido también al hotel, habrían visto á M. Charles Sannois inscrito como médico; Saint Saens se había olvidado de que era comerciante. En esto la campaña emprendida por la prensa parisiense resonaba ya en el apartamento de las Canarias; la gente dió en fijarse en la misteriosa figura del desconocido, y recordando lo escrito por los periódicos franceses, comenzó á sospechar que Saint Saens era ni más ni menos que aquel canoso señor de las gafas oscuras; por fin el maestro no pudo ocultar por más tiempo su incógnito y descubrió su verdadera personalidad.

Saint Saens ha sido muy festejado en Las Palmas; todo el mundo se disputaba el honor de visitarle, y el elemento joven le obsequió con varias serenatas; al presente se encuentra el ilustre maestro en Cádiz, y no regresará á su país hasta mediados de Mayo; respecto á su salida de París, él mismo la explica, primero por la baja temperatura de esa capital, que le obligó á buscar climas mas templados, y después por un disgusto que sufrió, con motivo de no ponerle en escena como él quería la empresa de la Grande Opera su obra *Ascanio* durante la Exposición; excitado el *neurosis* de Saint Saens, huyó entonces de su ciudad, sin dejar por ningún lado huella de su partida; durante su estancia en Canarias ha escrito infinidad de poesías y artículos.

\* \*

Estimulados sin duda por el ejemplo de sus compañeros los simpáticos escolares portugueses tratan los estudiantes españoles de resucitar el antiguo, traje académico de manteo, sombrero de medio queso y ropilla, procediendo en esto con una extraña falta de lógica, ellos que simbolizan el progreso, tratando de resucitar las clases de una época como la corriente que tiende a la nivelación social, la proposición partió de la Universidad Salmantina, la cual, no existiendo la de Alcalá, parecía la más indicada para iniciarlo por su histórico abolengo; la de Madrid parece que al principio siguió tal ejemplo; los estudiantes citaban en su apoyo el que en algunas universidades extranjeras conservaban sus alumnos sus trajes de tiempos pasados y hasta las costumbres de otra edad; los iniciadores de tal idea traían y traen a colación los estudiantes del barrio latino de París, los estudiantes alemanes con sus espadas sin punta, los lúgubres estudiantes rusos, los vieneses, todos unidos como los dedos de la mano; sólo aquí, en España, no existe unión ni solidaridad alguna entre los escolares; como no sea para pedir el punto en nochebuena, andan desparramados como un rebaño esparcido por el lobo, visten como todo el mundo y obran y se conducen aisladamente sin obedecer a ningún acuerdo colectivo.

Nuestros estudiantes tratan ahora de recobrar el tiempo perdido, de asociarse, de constituirse en federación, de imitar la conducta prudente de los de afuera; ¿Cómo gozaría el viejo é inolvidable Camús si viviera, viendo á sus alumnos de la Central tomar por modelo á aquellos graves escolares sajones tantas veces elogiados por él en sus mañanas de clase de Literatura latina!... Ultimamente, más práctica y hacendera, ha surgido entre los estudiantes otra tendencia que rechaza el añejo traje de manteo por arcaico é impropio de la época moderna, pero que también se muestra partidaria de algún distintivo, que será un botoncito como el de las condecoraciones, con el color de la facultad respectiva y prendido en el ojal; además se alimenta el propósito de suplicar á los catedráticos que expliquen con toga puesta. El Ministro no ha contestado aun al ruego de los condecorados (*decorés*) y en los claustros, en los círculos, en los billares, en las bibliotecas, en cuantos sitios se reúnen los alumnos de nuestras facultades no se habla de otra cosa que del distintivo, ni late otro deseo que el de probar de algún modo á los ojos de las gentes que se pertenece á la Universidad.

Casi todas las noches los habituales lectores de *El Resumen* ven al pie de la sección que el modernísimo y elegante colega titula *Galería Nacional*, una O y una G que le sirven ordinariamente de firma; el público goza en grande en esta sección que le dá á conocer los hombres más ilustres de su país, pero no entra por poco en su emoción gratísima el encanto que tienen y la galanura con que están hechas las semblanzas que la componen; eso sí, la mayoría de las gentes, las que no leen entrelíneas, están rabianando con las enigmáticas O y G que no han acertado á descifrar dando pruebas de soberana torpeza, porque á lo mejor les sirve el mismo diario donosísimos artículos de Ossorio y Gallardo, al cual apellido corresponden las incógnitas iniciales.

Es una verdadera desgracia; Ossorio y Gallardo ha debido de nacer á orillas del Sena; siente lo moderno con la sutilidad de un Copée y posee esa fina observación y esa dulzura peculiar de un Cátulo Mendez. Su libro *Vida Moderna* no se compadece con nuestro alumbrado moribundo de gas, con nuestra ordinaria Puerta del Sol, con nuestro aspecto de poblacho; pide, por el contrario, la mesita de café bajo los

árboles del *boulevard*, el remolino de oro de la vida parisiense, las *toilettes* de Sarah Bernhardt, el espiritualismo francés tan refinado y susceptible. *Vida Moderna* es una obra llena de luz primaveral, plagada de sonrisas, con un ángel intensísimo, que dicen los andaluces, y que de tal suerte se entra por el espíritu á revolver emociones y despertar recuerdos, que al acabar su lectura se experimenta en el alma algo alegre, regocijado y joven; nada de aromas fuertes, de perfumes que aturden; *Vida Moderna* es un suavísimo ramo de violetas.

Y bien; he ahí la esencia del libro de Ossorio y Gallardo; lo que constituye la vida deslumbradora de luz: *el cocinero, el cotillón, los guantes, la SAISON de otoño*, un hermosísimo ramillete de cuantos detalles caracterizan la existencia de los opulentos, de los felices; Ossorio y Gallardo posee un agudísimo talento, una observación penetrante, una mirada honda para descubrir hasta la más mínima chispa de diamante de cuanto *bulle* por ahí; y echando mano al daguerreotipo, fotografía á la *modelo*, hace la deliciosa semblanza de *las castañeras*, acomete el proceso psicológico de *la careta, el abanico y el dedal*, y todo tratado con una suavidad incomparable, con un dulzura suprema, con un estilo sencillo, elegante, *muy señor*; el volumen entero trasciende á juventud; hay en él, dentro de ese tono de *mimado*, un vigor grande, mucho de ardiente mayo; *Vida Moderna* es... la vida moderna, ni más ni menos.

*Vida Moderna* ha sido publicado por *La España editorial*; sabido es como edita sus libros el señor Manso de Zúñiga; obra que sale de su casa, puede competir dignamente con las más famosas alemanas é inglesas; la en que me ocupo ostenta una elegantísima cubierta en colores, debida al tiernísimo lápiz de Caicedo, lleva multitud de ilustraciones al fotografiado, en las que se leen las firmas de nuestros mejores pintores, entre ellos Ámérico, Araujo, Alvarez, Dumont, Gomar, Luna, Novicio, Oliva, Plasencia y Pons, y está impresa por Rubiños; y para contera de tanto esplendor, no cuesta un dineral, como pudiera creerse, sino tan sólo tres pesetas, cumpliéndose el axioma castellano del bueno, bonito y barato.

No hace mucho tiempo di cuenta en estas mismas crónicas de la terrible enfermedad que amenazó la vida de Zorrilla, nuestro gran poeta nacional; para inmensa fortuna de todos, gracias á su robustez y á la habilidad del médico encargado de operarle, recobró, aunque lentamente, su salud, y la muerte, que ya había apuntado su víctima en su libro de registro de ilustres, se declaró vencida ante aquellos gallardos setenta y seis años que sólo tenían de seniles la nieve de la cabeza de quien los llevaba; pero si la fortaleza había resistido, no era sino á costa de enormes daños; Zorrilla no poseía ni posee otros bienes que su pluma y sus coronas, y tan largo tiempo hundido en el lecho sin poder trabajar, dió por resultado una situación angustiosa, en la que llegaron á aparecer las amarguras de la escasez implacable, los ahogos de la falta de recursos, esas terribles huellas que deja en un hogar al paso de las dolencias graves, la visita cotidiana del médico, la medicina diaria, la forzosa alimentación nutritiva de la convalecencia; por si algo quedaba, no resultaron los ingresos que el poeta se proponía obtener, no se publicó *Mi última brega*, de la que esperaba grandes rendimientos, y el Doctor le prohibió terminantemente que pensase en nada...

La desgracia había sin embargo repercutido en partes de donde podía venir el rayo del sol que se las llevase, y el rayo de sol vino sin que el poeta se diera cuenta de ello hasta que sintió un dulce calor en el alma. La Reina Regente, apasionadísima por Zorrilla, entusias-

ta por sus versos, seguía paso á paso su enfermedad, y hubo de enterarse de la situación precaria en que poco á poco se hundía el poeta, y sin previo aviso, de sopetón, proporcionándole la más tiernísima de las sorpresas, le señaló de su bolsillo particular una pensión mensual que le permitiera sostener con decoro sus necesidades. El viejo vate ha escrito á la Reina una carta conmovedora, dándole las gracias, y ha prometido manifestarle su gratitud en persona en cuanto se mejore.

A no dudarle la casa de los sucesores de Colomina, el abaniquero famoso, debe hallarse regentada por el propio niño ciego que tiene las llaves del corazón, porque sólo á él puede ocurrírsele echar á la calle un abanico como el que han puesto á la venta los indicados industriales; se trata de un precioso abanico en cabritilla ó raso, pintado á la acuarela por un inspirado artista; en una cara del abanico se distingue un grupo de flores, un montón; en la otra se descubren estas mismas flores desparramadas; la señora que posea el abanico ruega á un caballero que piense mentalmente en una flor del grupo, y consultando las sueltas, la adivina en un dos por tres; digaseme si el tal abanico no es un puente de plata para los amantes; en el país del abanico hay rosas con que decir á una mujer: yo te amo, y pensamientos con que contestarle: y yo pienso en tí; calcúlese el entusiasmo con que los novios habrán acogido tal *prenda*; el abanico se llama oficialmente *El juego de las flores*; con nombre tan poético lo han bautizado sus dueños, pero con más propiedad debería denominarse *el auxiliar del amor*, porque tales preguntas y respuestas traen aparejado el *billete* á la vicaría.

La moda ha dado en seguida carta de naturaleza al abanico de los sucesores de Colomina, y son innumerables las señoras que se han apresurado á comprarle; el primer ejemplar, en cabritilla, con el barillaje de marfil, y una corona y un remate de brillantes ha sido regalado á la princesa de Austria; ya sabe, pues, el sexo feo que los sucesores de Colomina han aguzado el arma terrible de la mujer: el abanico.

La cosa no es de una actualidad absoluta, pero tiene muchísima gracia y pinta gráficamente la fisonomía moral de las cigarreras sevillanas; parece ser que una *Carmen*, tan lindísima como ingeniosa, había sido despedida de los talleres, y en lugar de echar mano á la navaja y arremeter contra el administrador, le urdió una estratagema para que se ablandara y tornara á admitirla; á este fin se convino con sus compañeras, y puestas todas de acuerdo, el viernes de dolores pasado, reunidas en las salas echaron mano á mantones y pañuelos; requirieron las coronas de hoja de lata, las barbas postizas, las alas de papel, los trajes de deshecho, de alguna archicofradía que sus *gachés* les habían proporcionado para el lance, y vistiéndose en un periquete, cuál de Señor, cuál de Verónica, quién de Virgen, quién de Fe, ésta de ángel, y disfrazadas las restantes de penitentes, alumbrando como cirios encendidos, se organizó una procesión silenciosa, llamándose al administrador para que la presidiera; aquella extraña comitiva agradó grandemente á éste, y desarmada su severidad por lo peregrino de la idea, perdonó á San Juan, que era el papel que desempeñaba la *Carmen*, autora de tal cortejo, piedad en la que no debieron tomar poca parte los hermosos ojos del incitante apóstol de la clase de picadura.

Para concluir esta crónica se hace preciso abandonar la pluma prosaica y requerir la trompa épica; la actual semana hállase á su fin poblada de descargas de fusilería, de estampidos de cañonazos, de temblequeos de clarines, de to-

ques de cornetas, de ecos de músicas militares; la nota dominante de sus últimos días es la marcha fúnebre, el murmullo del responso, las preces de la misa de difuntos. . . . Tan marcial y estruendoso epílogo tiene un protagonista mudo, pero elocuentísimo en su silencio; la pirámide del obelisco del Prado, que alza entre agudos cipreses, por encima de la verja de su jardín, su *cuerpo de columna* de amarillenta piedra cargado de coronas y erguido sobre las cenizas de las víctimas del 2 de Mayo; la multitud, el ejército, las autoridades se agrupan ante el melancólico monumento de los muertos ilustres; es la patria que al cabo de tantos años sigue viniendo á llorar á sus héroes.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(De la "Ilustración.")

## A media noche.

**T**ODO duerme! . . . la luna silenciosa se ocultó con pudor en la montaña y las estrellas temerosas brillan sobre la negra bóveda sagrada.

Duerme el avaro, ese rapaz sombrío que de humanas miserias vive hambriento con su dinero vil al hombre honrado talvez dejando en la desdicha envuelto.

Duerme el déspota cruel á quien muy poco importa de la patria la ventura; en brazos duerme de ambición rastrera, de adulador servil la voz le arrulla.

Y el hosco criminal, cuya conciencia se agita siempre en fangos de ignominia, duerme también, aunque talvez soñando con los espectros de inocentes víctimas.

Todo duerme. . . aun la brisa juguetona á la tímida flor sus besos niega, y sus tiernos, dulcísimos gorgoros calla en el bosque la avecilla inquieta.

Sí, todo duerme. . . de siniestras sombras véñse vestidos la ciudad y el campo, como el alma se viste cuando siente de la ilusión el último desmayo.

Todo es tristeza, soledad y calma, y hasta el honrado jornalero duerme de privaciones y fatigas hartas, de duras penas que su seno hieren.

-----  
Mi espíritu tan sólo nunca duerme, entre pesares y congojas vela; es porque teme el porvenir arcano. . . . y que la flor de su esperanza muera.

MANUEL J. BARRIERE.

(Salvadoreño.)

## EL FUEGO.

**D**aya un articulillo al estilo de Selgas y Carrasco.

Voy á demostrar que el fuego es el alma universal, que, como don Juan Tenorio, en la sociedad recorre todas las escalas de la creación.

Qué quiere Usted! caprichos.

Las ideas, los sentimientos, las esperanzas de la humanidad son fuego, lo más fecundo, lo más generador, lo que llena el universo, lo que arrancó al mundo del caos, el signo de la vida.

Existe el fuego, diré parodiando á don Fernando de Castro al comenzar su Historia general, porque en verdad sino afirmo algo de dónde saco las deducciones.

He encontrado fuego en mi vela, en mi cigarrillo, en los hornos y en partes impenetrables donde he sentido calor.

El signo indica la cosa significada.

Mi trabajo es imperfecto pero me consuela el que hay tantas cosas por el estilo, y sólo quiero despertar el abandono, la criminal indiferencia con que se mira el fuego, quiero despertar el dormido gusto de los porveniristas, como quien pone fuego en una chimenea apagada.

Al asunto, pues.

Tiene una calentura que es un fuego, se dice de un enfermo de fiebre. He ahí el fuego en un enfermo.

Juan es puro como el fuego: ya tengo fuego en lo moral.

El fuego divino de la inspiración se dice: ergo en Dios debe haber fuego.

Las piedras chocan y sale fuego.

Las hogueras de la inquisición necesitaron de fuego, y yo pregunto que hubiera hecho Torquemada sin fuego? nada. Hubiera muerto oscuramente y á oscuras.

La pólvora sin fuego, de qué serviría?

Y ¡que! sin fuego no habría dulce ni consecuentemente café, chocolate y cenas, ni turronecitos ni toda esa familia que lleva por apellido dulces.

Ni holocaustos hubieran tenido los judíos, ni le hubieran probado la fe al tata Abraham. Ni habría fuego en la juventud ni forma en las vacijas de barro.

Sin fuego faltaba el movimiento y el orbe sería elextasis espiritual, la bienaventuranza invisible, el sueño de Para Brama, la sombra del caos ó el caos de la sombra.

Cuando el mundo despertó á la vida, en la aurora de la creación, hubo fuego en el brotar de la flor y en el titilar de la estrella, en la primera palabra de amor de Adán y en el primer acento de la voz de Eva, en los primeros latidos de sus corazones, y en las primeras expansiones de su alborozo, en la primer centella de un astro y la alegría primera del amor, en la primera fe y en la esperanza primera, en lo sólido del globo y en lo fluido del aire, en el pedernal y en el sol, en el polo imantado y en la fija estrella boreal, en la borrasca del mar y el volcán de la tierra; y ¡quien sabe! deduciendo se hallará fuego en el ave que arrulla y en la rosa que perfuma, en lo blanco del lirio y en lo callado de la palmera, en el suspiro del aura y en el recuerdo de la mente; en la conciencia virtuosa, en la voluntad recta, en la imaginación ardiente y en el ánimo heroico.

En fin, el fuego es lo que mantiene la estátua, derecha sobre el pedestal de la vida.

En todo hay fuego, menos en el que esto escribe para tratar la cuestión.

MARIO.

## LILY.

**V**ERDADERAMENTE, la tal Lily era como un pino de oro: rostro agraciado, cuerpo airoso y esbelto, formas tentadoras y sobre todo una sonrisa y unos ojos capaces de hacer trastrabillar á un santo, cuanto más á pecadores de sangre efervescente como los que concurríamos al teatro todas las noches para admirar su belleza y aplaudir sus atrevidos ejercicios gimnásticos. Por que Lily, lectores míos, era individuo de una compañía de acróbatas, simple vo-

latinera que con el cebo de sus hechizos había sorbido los sesos á la parte masculina del público, granjeándose por ende los odios y envidias de la femenina. Era de ver las noches de función como se disputaban las butacas delanteras, pagándolas á precios exorbitantes, señorones, machuchos é imberbes mozalvetes, comerciantes adinerados y empleadillos de tercer orden que pasaban la pena negra para afanar el precio de la entrada; viejos moceros que esperaban triunfar con el seductor tintineo del oro, y empernejados petimetres ateniados á su hermosa y amujerada estampa. ¡Tiempo perdido! Lily no hacía maldito caso de aquella caterva de adoradores colocados en primera fila y que aplaudían levantando las manos por sobre la cabeza para atraerse la atención de la desdenosa artista. Lily recibía sonriendo los ramilletes arrojados por ellos á la escena, y en seguida repartía sus más graciosas sonrisas entre los espectadores distantes y las señoras de los palcos, como si quisiese quitar toda esperanza á sus importunos asediadores y darles unas estupendas y á la par cortesías calabazas.

Lily era honrada: contaba apenas diez y ocho años, tenía padre y hermanos que la guardaban como oro en paño, cortando toda comunicación con el resto de los mortales; pero ¡oh perversa y proclive humanidad! estos mismos obstáculos aguijonearon los deseos de los perseguidores y hasta incitaron á tomar parte en la conquista á muchos que al principio habían mirado con desdén la empresa. Los hombres somos así: volvemos las espaldas á lo fácil para acometer lo difícil; despreciamos lo bueno cuando puede lograrse sin quebraderos de cabeza, y nos despepitamos por un imposible que tal vez no vale tres caracoles.

En cuanto á mí, debo hacer constar que por algún tiempo compadecí de veras á los que se habían dejado seducir por aquella sirena; me sonrojaba la idea de hacer un papel tan ridículo como el de los bobalicones de primera fila, y alquilaba siempre una butaca bien distante del escenario, donde por lo general no tenía vecinos, pues los espectadores del patio abandonaban los asientos traseros para contemplar de cerca á la hechicera joven, deslizar miradas voluptuosas por aquellas deliciosas redondeces, por aquellas formas combadas y rollizas, sin cuidarse para nada de las lindas espectadoras que en los palcos devoraban silenciosamente su rabia y su despecho al verse postergadas á una triste *maromera*.

Observé entonces una cosa curiosísima: aquellas beldades desdeñosas que en otras circunstancias no se habrían dignado poner los ojos en mi humilde personalidad, comenzaron en breve á prodigarme miradas amables, sonrisas y hasta saludos cariñosos; por que yo era, ó á lo menos así se lo creían, el único que les daba aún la preeminencia sobre aquella aventurera, el único vasallo fiel de la voltaria corte masculina.

¡Oh vanidad, tienes nombre de mujer!

Lejos de estimularme tales muestras de distinción y simpatía, muy pronto yo también deserté pasándome al enemigo con armas y bagajes.

La causa de tan repentina mudanza fué una ilusión que tuve cierta noche: figuréme que Lily al saludar al público había clavado obstinadamente sus ojos en mí, y hasta creí ver en sus labios una sonrisa.

Aquellas miradas y aquella sonrisa bastaron á dar de través con mi formalidad, convirtiéndome en uno de los más fervientes adoradores de Lily.

¡Qué presumidotes somos los hombres! Para mí era evidente que la artista despechada por mi indiferencia se había propuesto añadirme á su séquito, pues sabido es que las mujeres hacen

toda clase de armas para atraerse á los hombres que las desdeñan; y quien sabe.....!

Desgaciadamente, cuando me hube abonado á un asiento delantero comprendí mi error, al notar que mi presencia pasaba del todo inadvertida para Lily.

No así para mis presuntos rivales, quienes la acogieron con manifiestas señales de disgusto.

Pero la suerte estaba echada: era menester arrostrar las consecuencias de mi temeridad y disputar la presa á aquella manada de lobos hambrientos, á quienes tenía ya ojeriza.

\*\*\*

Contábase entre estos un antiguo condiscípulo mío, llamado Juan, buen muchacho, de unos veinticuatro años de edad, empleado con cuarenta pesos mensuales sin ninguna obvención, despejada inteligencia, fantasía ardiente y no mala figura. Con estas prendas y otras no menos recomendables habíase granjeado numerosas amistades entre las personas más conspicuas de nuestra sociedad.

Sorprendíome extraordinariamente verle entre los tenorios desjuiciados de las filas delanteras, pues siempre me había merecido el concepto de joven formal y arreglado, no menos que la metamorfosis completa que en él se había verificado: no era el mismo muchacho jovial y lleno de salud que poco antes había visto en tertulias y bailes. Taciturno, demacrado, parecía haber envejecido diez años. En balde traté de sonsacarle el motivo de su extraña melancolía cuando conversábamos en los pasillos durante los entreactos: á mis preguntas respondía con evasivas ó contestaba invariablemente que no tenía nada.

Noté, empero, en él cierto prurito de rehuir toda conversación que se relacionara con la simpática muchacha que nos traía á todos al retortero, y aún creía yo advertir en su rostro cierta contracción angustiosa cuando sonaba en sus oídos el nombre de la artista.

Indicios eran estos suficientes para ponerme sobre la pista: de allí adelante observé, aceché, espíe sigilosa y constantemente, y al cabo adquirí la convicción de que el desdichado Juan estaba furiosamente enamorado de Lily.

¡Cuántos esfuerzos me costó arrancarle esa confesión! Aún me parece verlo en su destaralado cuartucho, sentado sobre la cama, mientras yo ocupaba la única silla de la habitación, con la cara hundida entre las manos, exclamando entre lágrimas y sollozos: ¡Sí, la amo, la adoro; y si ella no me corresponde, me moriré de seguro!

Empresa morrocotuda era la de hacer volver en su acuerdo á aquel pobre loco: apelé á todos los recursos usuales en casos semejantes, desde las burlas sangrientas y cuchufletas, hasta las suaves amonestaciones amistosas; él me escuchaba en silencio, moviendo negativamente la cabeza.

Cuando agotados los caudales de mi elocuencia me levanté para marcharme, salió de su mutismo y estrechándome la mano, dijo con voz bronca y resuelta: —Se acabó. No volveré al teatro. Gracias.

\*\*

Y no volvió.

Entretanto se acercaba el fin de la temporada, y todos los adoradores de Lily andábase cariacontecidos como colegiales que han recibido en las narices un portazo de la novia. Lily se marchaba sin que ninguno pudiera vanagloriarse de haber ablandado aquel corazoncillo de bronce. Los más audaces desafiando las iras del padre y hermanos de Lily, trataron de acercarse á ella poniendo en práctica mil tretas bien urdidas; pero los cancerberos que la custodiaban

les enseñaron los dientes, echándolos á cajas destempladas apenas penetraron sus aviesas intenciones. Aquellos seis puños atléticos, aquellas caras mal engestadas habrían inspirado respeto al Cid y á los doce Pares de Francia.

Había que perder toda esperanza y resignarse cristianamente. Así lo hicimos muchos con una filosofía digna de Epicteto; sin embargo, no faltó quien se diese á todos los diablos, jurando públicamente que no desistiría de la empresa aunque le fuese en ello la vida.

Llegó por fin el día que todos aguardábamos con indecible angustia. Los enormes cartelones pegados con engrudo en las esquinas anunciaban desde por la mañana la última función de la compañía Broad & Sons; á medio día se habían vendido ya todas las localidades á precios escandalosos y se habían comprado para la noche todas las flores de los jardines; por la tarde hicieron su agosto los revendedores de billetes y los alquiladores de sillas; á las siete, una hora antes de levantarse el telón, el gentío no cabía en los pasillos; y finalmente, cuando la campanilla del director anunció que iba á comenzar la función, el teatro estaba de bote en bote, y la policía se vió en el caso de prohibir la entrada.

Allí estábamos todos. Los asiduos pretendientes de la primera fila con las caras conpungidas y sendos ramilletes en las manos: cohibidos por la emoción casi no se cuidaban de aplaudir, dejando esa tarea al resto del público; las señoritas más risueñas que de costumbre, pues iban á librarse de una rival aborrecida; yo, á regular distancia del escenario, aparentando indiferencia y echando parrafadas con mis dos á láteres; y allá en el fondo de un palco de segunda fila atestado de alegres muchachas, un rostro lívido, grave, unos ojos desencajados que seguían ávidamente los menores movimientos de la ágil volteadora. Mi estupefacción no tuvo límites al reconocer aquella cara. ¡Era Juan!

Cuando al terminar el segundo acto traté de buscar á mi desgraciado amigo á quien no había vuelto á ver desde que le arranqué su secreto, supe que se había marchado algo indispuerto sin aguardar á que concluyera la función.

\*\*

Al siguiente día la compañía Broad & Sons salió de San José, acompañada de las cariñosas despedidas que la dirigieron los periódicos y de considerable número de admiradores y pretendientes calabaceados de la inolvidable Lily. En la estación del ferro carril hubo adioses ternísimos, pucheros y hasta lágrimas; aún hay quien asegure que la desdeñosa Lily estaba un si es no es conmovida, y su padre y hermanos más afables y condescendientes que de ordinario. No puedo dar fe de la veracidad de estos pormenores por que no los presencié: un fuerte constipado que me cogió á la salida del teatro me tuvo postrado en cama todo el día, lo que no impidió que mentalmente formulara un romántico adiós para aquella muchacha á quien quizás no volvería á ver nunca.

Hago gracia á mis lectores de todas mis fúnebres lamentaciones, por que supongo que no han de importarles gran cosa; pero no puedo pasar en silencio lo que me refirieron por la tarde algunos amigos que fueron á verme. Juan, el desventurado Juan, había partido por la noche, antes de terminar la función, y según informes de su familia, se encaminaba al Limón, á fin de tomar vapor directo para Europa, donde pensaba vivir algunos años.

La noticia era tanto más sorprendente, cuanto que el pobre muchacho no poseía bienes de fortuna para emprender tan dispendioso viaje.

“Con todo, pensé yo, más vale que sea así: eso le curará de la ridícula manía, tan general entre nosotros, de enamorarse platónicamente

de cuantas mujeres pisan las tablas escénicas ó la arena de los circos.”

\*\*

Un año después de los anteriores acontecimientos, como dicen los novelistas, aún no había recibido noticia alguna de Juan: su familia estaba desconsolada y con razón, pues fueron vanas todas las pesquisas hechas para averiguar el paradero del desdichado muchacho. Desapareció sin dejar rastro como piedra que se hunde en las profundidades del Océano.

Por aquel tiempo me ví yo precisado á emprender un viaje á Guatemala, adonde me llamaban asuntos de interés particular. Como era la primera vez que visitaba á la Atenas de Centro América, tuve que sufrir todas las contrariedades inherentes á las excursiones por lugares desconocidos, desde las molestias locales hasta el aburrimiento que produce la falta de amigos á quienes puede uno comunicar sus impresiones.

Dichosamente al tercer día de mi llegada fué á visitarme un compatriota, el doctor X., que hacía varios años estaba domiciliado en aquella ciudad. Él fué desde entonces mi obligado cicerone y me suministró preciosos datos acerca de personas, edificios y lugares.

Cediendo á mis postulaciones se resolvió acompañarme al teatro esa noche (verdadero sacrificio para él, pues no iba nunca.) Sin averiguar qué función se representaba, enviamos á un criado por los billetes; y á las ocho, bien trajeados y peinados, entrábamos en el patio del magnífico teatro de la capital. La concurrencia era numerosa y el rebullicio ensordecedor: allí se hallaba lo más cogolludo de la sociedad guatemalteca: *ellas* con trajes escotados, salpicadas de joyas, algunas con capotas, otras con sombreros floreados; *ellos* de rigurosa etiqueta, casi todos enguantados, dirigiendo los gemelos hacia los palcos y picoteando á media voz.

El doctor y yo ocupamos dos asientos de la primera fila, los únicos que el criado pudo conseguir, precisamente en el momento en que se levantaba el telón: al mismo tiempo rompió la orquesta en un bullanguero paso doble, y en el escueto escenario apareció una mujer vestida de punto color de carne.

No, no era ilusión de mis sentidos; tampoco era un sueño, porque los pellizcos que me dí en ambas mejillas y los restregones de ojos me probaron que estaba bien despierto: aquella mujer, aquella gimnasta era Lily; si señores: Lily en cuerpo y alma, más hechicera y tentadora que nunca. Reconocí al punto la mirada y la sonrisa, sentí la atmósfera de voluptuosidad que la artista formaba en su torno, y por largo rato permanecí como alélado mientras resonaban por todas partes estruendosos aplausos.

Tan embebecido me hallaba en la contemplación de aquel arquetipo de escultura, que no reparé en la entrada del *clown* á la escena, aparición saludada con risas y exclamaciones.

Lily tomó una larga percha y colocándola verticalmente sobre su hombro derecho, invitó al payaso á subir por ella: el grotesco personaje comenzó la ascensión, en tanto que yo no apartaba la vista del divino semblante de la muchacha, recordando el entusiasmo que había despertado en mi patria un año antes.

Las aclamaciones del público me hicieron levantar los ojos: en el extremo de la vara y casi tocando las bambalinas, el *clown* se mantenía en posición horizontal con el vientre apoyado en la aguda punta de la percha, imitando la acción de nadar con gestos y contorsiones que hacían desternillarse de risa á los espectadores; pero al fijarme en aquella cara pintoreada de blanco y bermellón, un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo, me puse de pie, y sin poder dominarme grité con todas las fuerzas de mis pulmones: ¡¡ Juan !!

La concurrencia entera se volvió hacia mí asombrada; pero en el mismo instante el *clown* me miró con ojos espantados, hizo un movimiento brusco, perdió el equilibrio y cayó pesadamente sobre las tablas del escenario haciendo resonar el teatro con la fuerza del batacazo.

El barullo fué indescriptible: unos celebraron con carcajadas el lance, atribuyéndolo á la chuscada del saltimbanquis; otros viendo que la cosa iba de veras, pedían á voces un médico: mis vecinos me asediaban con reiteradas preguntas; pero yo, asiendo del brazo á mi amigo X., salí atropelladamente del patio mientras caía el telón y el empresario anunció al público que la función se suspendía por algunos instantes á causa del accidente.

Un momento después me hallaba instalado á la cabecera de un sofá en el cuarto de uno de los artistas: en el sofá estaba Juan ya limpio de las inmundicias que le afeaban el rostro y recordado del desmayo que sufrió al caer.

Estábamos solos y nos entregamos sin reserva á las confidencias: allí supe que el viaje á Europa había sido una treta para despistar á los amigos y parientes. Juan había seguido á Lily incansablemente por espacio de seis meses, rogando, importunando y prometiendo, al cabo de los cuales la picaruela muchacha fué ablandándose, hasta que un día le prometió su mano con una sola condición.

El desjuiciado Juan la aceptó con los brazos abiertos, y ocho días después firmaba el contrato de matrimonio con la encantadora Lily, y otro..... como *clown* de la compañía Broad & Sons.

C. G.

## Tonadillas.

I.

**¡YO QUÉ!**

Voy á escribir, dije un día,  
y á un ganso que yo tenía  
una pluma le arranqué:

ya se ve,  
que la pluma es lo primero;  
busqué papel y tintero,  
¿y las ideas?..... ¡yo qué!

Recuerdos de juventud  
y modelos de virtud  
en mis versos pintaré;  
ya se ve  
que hace versos todo el mundo,  
y aunque sentido profundo  
no haya en los míos..... ¡yo qué!

Sale é la palestra un nene  
que apenas un año tiene  
de estudiar el a-bé-cé,  
ya se ve,  
é hilvana versos al trote,  
dando en cada línea un bote  
á las musas y..... ¡yo qué!

Otro aprendiz de estudiante  
en estilo retumbante  
explica el cómo y por qué,  
ya se ve,  
de cosas de que no entiende,  
y ser un sabio pretende  
de tomo y lomo..... ¡yo qué!

Un periódico publica  
que asombro de Costa Rica  
va á ser, y es cierto á mi fe,  
ya se ve  
que espanta su atrevimiento

y el papel es un portento  
de disparates..... ¡yo qué!

Hoy en día, niño ó viejo,  
cada cual da su consejo,  
y no es malo que lo dé,  
ya se ve;  
la cosa es que el que los da  
para tomarlos está;  
si no los toma..... ¡yo qué!

Trás del consejo el empleo  
á alguno buscando veo  
que no es ya hoy lo que fué,  
ya se ve,  
que cunde tanto en el día,  
lector, la empleomanía,  
que da lástima..... ¡yo qué!

Que haya quien por lo que escribe  
constante paga recibe  
no me importa ni lo sé,  
ya se ve;  
yo en mis ignorancias descanso  
y si con pluma de ganso  
dicen que escribo..... ¡yo qué!

Hasta algún viejo se baja  
y día y noche trabaja  
lento de ardor y de fe:  
ya se ve,  
puesto que hay quien paga es justo  
acomodarse á su gusto,  
y si es mal gusto..... ¡yo qué!

Y en fin, no quiero seguir,  
No vaya alguno á decir  
que á fulano critiqué;  
ya se ve:  
si á alguien hicieren cosquillas  
mis humildes tonadillas,  
y se picare..... ¡yo qué!

F.

## NO HAY CASO.

No hay musa más estéril que la mía en todos los Parnasos y Helicones del mundo: he llenado cien pliegos con borrones, he gastado una botella de tinta, y los versos no salen ¡no hay tu tía! Y lo malo es que Próspero confía tranquilamente en que le he de escribir unos renglones desiguales á modo de versos para el periódico, como si esto de hacer composiciones poéticas fuera lo mismo que engullir el pan de cada día.

¡Versos para mañana temprano y son las once de la noche! ¿Qué hacer en tal apuro si la musa maldecida se muestra tan hostil conmigo? A quién acudo para poder cumplir el compromiso? ¿de quién me valgo? ¡Ay! vuelvo al cielo los ojos y está mudo: "venir á mí la inspiración rehusa" como dijo el otro. ¿Copiaré una poesía de autor poco conocido y se la daré con mi firma al amigo Calderón? Ya me parece verle mañana restregarse las manos de gusto. Pero no: Dios y el dueño de los versos y el público no me perdonarán el fraude literario, mas yo con prosa del apuro salgo, no hay que congojarse. Que se contente Calderón con las líneas que llevo escritas, pedacito de ripio que servirá para rellenar algún agujero ó hueco del periódico; y para que no se enoje por mi falta de cumplimiento, *fagámoste una prosa poltita*, revisémosla cuidadosamente, suprimamos en el ripio grande los ripios menudos, y redactemos de nuevo lo anterior.

Pero ¡por todos los santos de la corte celestial! Oigan ustedes lo que sale:

No hay musa más estéril que la mía en todos los Parnasos y Helicones: he llenado cien pliegos con borrones y los versos no salen ¡no hay tu tía! Y lo malo es que Próspero confía en que le he de escribir unos renglones como si esto de hacer composiciones fuera engullir el pan de cada día. ¿Qué hacer en tal apuro si la musa se muestra tan hostil? A quién acudo para poder cumplir? De quién me valgo? Vuelvo al cielo los ojos y está mudo; ¡venir á mí lo inspiración rehusa!..... Mas yo con prosa del apuro salgo.

Si esto no es un soneto, que me empalen: es decir, soneto poético no lo es, pero son catorce versos endecasílabos divididos en dos cuartetos y dos tercetos, etc. etc., como dicen todos los tratados didácticos sobre la materia.

Nuestra lengua admirabilísima es protectora de los poetas chavacanos: muchas veces creyendo uno escribir prosa, hace versos sin saberlo: nuestro idioma es tan candecioso que donde menos se piensa salta un soneto. Yo siempre aconsejaría á los vates que pasan horas enteras estrujándose la sesera para hacer una frase armoniosa ó hallar un consonante, les aconsejaría, digo, que escribiesen siempre en prosa: los versos les saldrán como hechos en máquina.

C. G.

Julio de 1890.

## RISAS Y LLANTO.

*Escenas de la vida en Costa Rica.*

CAPÍTULO I.

*El señor Rakosky.*

LA casa n<sup>o</sup> 109 de la calle del Comercio presentaba, el día que comienza esta verídica historia el aspecto de un Castillo incendiándose, tal era el número de luces que iluminaban sus salones y de farolillos su portada y puerta exterior.

Los criados vestidos de gala entraban y salían y la concurrencia era tal, que no había donde colocar una silla más en los corredores y piezas destinados al ambigú, á la música y al refresco.

El motivo de tal fiesta era notorio en San José. Se trataba de la llegada á esta ciudad de la señorita Delfina Rosales, hija única del rico comerciante don Jorge Rosales y de la aristocrática matrona doña Elvira Río-Secc. Hacía seis años que don Jorge había llevado á París á su idolo, para que concluyera su educación. La dejó en la pensión de Mademoiselle Roqueval, cuando contaba la niña apenas once años. Bonita, de espigado talle y de no mediana inteligencia, pronto se distinguió Delfina entre sus condiscípulas.

En el baile, la música, la pintura y el bordado, no tenía rivales.

Cumplidos diez y siete años, don Jorge la sacó de la pensión y la hizo viajar por Italia, España, Austria y Suiza, y la trajo á su país natal, seguida de veinte grandes cajas ó cofres atestados de trajes, sombreros, libros y demás objetos de lujo y placer que podían hacerla brillar en esta Capital.

La fiesta de recepción, que consistía en una comida á sus amigos dada por don Jorge, y un baile á la sociedad josefina, fué una verdadera ovación á Delfina. En efecto, vestida á

la última moda, impregnada de la gracia parisiense y hablando muy bien el inglés y el francés, la reina de la fiesta debía atraer todas las miradas y atenciones.

Entre los concurrentes se hacía notar por su apostura y originalidad, un Polonés que había venido en el mismo vapor con el señor y la señorita Rosales. Con un ojo más alto que el otro, una pequeña cicatriz en el labio superior y una melena á lo Mirabeau, nuestro viajero estaba construido en Hércules; pero se ignoraban completamente sus trabajos, sus antecedentes y aun el objeto con que había venido á América. Callado como un inglés y triste como un árabe, desde que vio á Delfina debió sentir por ella una simpatía Herculeana, pero que no se traducía ni en sus palabras ni en sus gestos. El señor Rakoski (Lorenzo) era la sombra de Delfina, y apenas abría ésta su linda boca expresando un deseo posible ó imposible, salía don Lorenzo á paso de carga, pero silencioso á obsequiar á la *Picolina*. En efecto: desde el primer día que le fué presentada Delfina por el Capitán del vapor, la llamó señorita *Picolina*, por más que ésta y el papá insistiesen en llamarlo al orden sobre el verdadero nombre de la dueña de su voluntad. En Panamá manifestó la *Picolina* deseos de obtener un pájaro de colores raros y de canto desconocido y lleno de dulzura y suavidad. El Polonés entró á la casa de cuyo balcón colgaba la jaula del pájaro. Se le dijo que la avecilla no estaba de venta; que era un regalo de un amigo, etc. etc. Pero Rakoski abrió una cartera atestada de billetes de banco, y con la seriedad que le era peculiar sacó un billete de cien pesos y lo ofreció á la dueña del pájaro. Rehusó ésta, y don Lorenzo tomó cuatro billetes más y los puso en las manos de la dichosa poseedora de aquel nuevo *Fénix*. Titubeó ésta, y siempre sin proferir una palabra, completó aquél los mil pesos. Eso era ya tentar un Santo, así es que la señora descolgó la jaula y la entregó al silencioso Creso. Con el mismo mutismo llevó la jaula al Gran Hotel y la dejó sobre una mesa del salón. Delfina encontró su capricho satisfecho, pero le fué imposible saber á quien debía aquél regio regalo, porque Rakoski no contestaba á sus preguntas, contentándose con pronunciar dos palabras "pájaro de *Picolina*."

¿Era amor lo que sentía don Lorenzo por la *Picolina*? El tiempo nos lo dirá, pues por lo que hace á saberlo de boca del Polonés, sería empresa romana.

Su mismo criado Puk, un negro de la Nubia que lo acompañaba y servía al pensamiento, no sabía del Polonés otra cosa sino que era muy rico, que había viajado mucho y que el Gobernador del Cairo, lugar donde el negro fué enganchado como sirviente, respetaba como á un Sultán á Rokoski.

Rakoski no tenía edad conocida, ni era posible calcularla, pues cuando quería parecía un hombre de treinta años, y algunos días se le podían dar cincuenta.

Alojado en el Hotel de Vigne, en donde ocupaba tres cuartos, jamás dirigió la palabra á sus compañeros de mesa, lo cual no era de extrañar, porque rara vez se acercaba á ella, prefiriendo por lo regular, comer sólo en el saloncito.

Puk, contestaba á los curiosos con esta frase invariable, "señor amo, mucho bravo, mucho rico y mucho fumar cigarros."

## CAPÍTULO II.

### *El León de San José.*

La noche de la fiesta de que nos ocupamos, llamaba también la atención otro personaje extraordinario; pero no desconocido en San José. Todo lo contrario, era Julio Espinosa, el más

arrogante joven de la capital, simpático, valiente, liberal: era imposible tratarlo sin amarlo y admirarlo. De talle más que mediano, moreno, bien formado y buen mozo indisputable, Julio añadía á tantas raras cualidades, una educación perfecta y un caudal considerable heredado de su madre, que hacía dos años había perdido.

Delfina conocía algo de la vida de Julio por las cartas que sus amigas le escribían al colegio, y su primera pregunta al desembarcar fué si ya el hermoso León jofesino prefería á una jofesina. Gran placer tuvo al saber que Julio era amable con todas, las cortejaba á todas y no distinguía á ninguna.

Cuando lo presentaron á ella, manifestó gran asombro porque afirmaba que ya lo conocía; que aquella figura le era afamiliar etc. etc. Esto provenía de que una de sus amigas le había mandado su retrato entre una carta, diciéndole que aquel era su novio y dándole un nombre diferente. Sea de esto lo que fuera, es lo cierto que al conocer á Julio, Delfina sintió dos sensaciones opuestas, tan inexplicable una como la otra. Esta, suave y deliciosa, nacida de la corriente simpática que la naturaleza establece entre los seres que se asemejan por la belleza moral ó física. Aquella, desagradable porque recordó que el interesante y hermoso joven que atraía su voluntad, era conceptuado por otra mujer como su prometido ó novio. En apuel momento no reflexionó que podía ser otro el prometido y no Espinosa. Además, la noticia misma que su amiga le había transmitido podía ser sólo una esperanza de ella, ó una inocente mentirilla. ¿Por qué el amor, siendo una emanación de la divinidad, no es como esta, justiciero y equitativo? El amor para ser justo debía siempre ser recíproco, ó lo que es lo mismo, correspondido. Pero es el caso, que el amor es lo que ha sido y lo que será, y está en su esencia el ser caprichoso, aventurero y sobre todo, ingrato y cruel.

Buscad si no un modelo de verdadero amor. Si lo encontráis, podéis asegurar que el objeto amado prodiga su corazón por otro lado ó no tiene corazón, y si lo tiene, es un corazón vago y mal entretenido.

El lector probablemente supone que las reflexiones anteriores, se han hecho para prepararlo á la idea de que Julio Espinosa no vió en Delfina más que una mujer bonita, lo cual no es prenda de valor en Costa Rica, en que la fealdad es la excepción de la regla, principalmente en San José y entre las hijas de la clase acomodada. Para que no se nos tache de presumidos, apelamos á los extranjeros imparciales y á los naturales que han viajado, á quienes suplicamos contesten con sinceridad á esta pregunta. ¿Hay en América ó Europa alguna ciudad, villa ó aldea que con la misma población de San José posea igual número de lindos palmitos? No, mil veces no; y esto lo decimos con perdón de Baltimore, de Viena y de toda la Andalucía.

Volviendo á Julio, ó más bien al lector que supone, que aquel no ve en Delfina más que una joven bonita, le diremos, que tal vez acierte ó quizá se equivoque; lo demás lo sabrá si lee la correspondencia que á la letra copiamos:

## CAPÍTULO III.

### *Las dos amigas.*

Delfina Rosales á Mademoiselle Roqueval:

Ofrecí no contarte nada de mis primeras impresiones al volver á mi país natal. Cumplo mi promesa asegurándote que si es dulce morir por la patria, no lo es tanto vivir en ella; sobre todo, si esa patria no es París y carece de tea-

tros, de paseos y de ruido, del *bois* de Boulogne y hasta del lodo amarillo de París. San José es muy triste, muy pequeño y destituido de todo lo que hace la vida amable; desde que llegué me muero de fastidio, y mamá me obliga á decir todo lo contrario. Papá me lanza unos ojotes cuando suspiro y me duermo, viendo pasar las carretas llenas de sacos de café y tiradas por dos bueyes. ¿Qué será de mí? A veces deseo morir porque creo que el Paraíso debe parecerse á París, ó por lo menos á Viena. Ya hemos convenido que el infierno debe estar en Londres ó Berlín. El purgatorio en la pensión cuando nos hacían estudiar en invierno, muertas de frío y se nos prohibía acercarnos á la estufa. Lo que tú no sabes es que el limbo en San José. . . . Yo creo que voy á atrapar una enfermedad si Dios no se apiada de mí. A propósito, te noticio que con nosotros vino de Europa un Polonés tan feo y tan meloso que me empalaga. Eso sí, es rico, muy rico. A veces me pregunto si en cambio de vivir en París, me casaría con ese estafermo, y te confieso. . . . no, no te confieso nada, porque de seguro no me casaría con él. Aun no he visto la alta sociedad de San José, pero mañana me aburriré atendiendo á mis compatriotas, pues hemos preparado una fiesta, compuesta de comida y baile por la noche & &. ¿Qué fastidio tener que bailar y hablar con los señoritos de mi tierra!!

Mlle. Roqueval á Delfina Rosales.

Imposible que pueda existir el fastidio á tu edad y en ese país encantado. Tu linda cabecita debe sufrir alguna enfermedad, para decir que en esa América pueda una alma joven dejar de vivir en un continuo ensueño. ¡Los volcanes arrojando fuego y bocanadas de luz roja y blanca. . . !! Los ríos caudalosos como los mares europeos!! y las tempestades trasladando pueblos y montañas de un punto al otro del territorio.

Vamos Delfina mía, tú tu chaceas y te burlas de mí. Cuando pienso que tú te mesas como Virginia, en gigantescas amacas que cuelgan de centenarias palmeras; y que tu sueño lo arruyan los mil cantos de paradisíacos pájaros; y que tu Pablo en vez de pálidos *bouquets* de mustias flores, te saluda en las mañanaras con monstruosos ramilletes que los leones del desierto y las panteras de los bosques, por orden de su dueño depositan á tus pies!! El amor en la zona tórrida debe de ser una pasión sin medida: un fuego atizado por los huracanes y mantenido con la combustión de selvas compuestas de árboles titanes. Nuestros hombrecillos medio calvos, raquíticos y corrompidos, deben parecer fanteches, comparados con los gallardos, robustos y sanos hijos de la naturaleza.

Por lo que hace á tu Polonés Rakoski, le condeno sin verlo y te aseguro que serás desgraciada si llega tu maía suerte á ponerte en sus manos. Básteme saber que no es joven, y que su origen se pierde en la noche de los tiempos de Polonia. Adiós, *enfant gaté*, no olvides á tu primera y mejor amiga (según dices.)

Delfina Rosales á Mlle. de Roqueval.

Comenzaré como los banqueros. "Está en mi mano tu apreciable etc. etc. y luego seguiré preguntándote: ¿Crees acaso que la América de hoy es la de Pizarro ó la de Hernán Cortés?"

La América actual no tiene selvas vírgenes, cedros centenarios, ni mucho menos Pablos y Virginias. Los gomosos de aquí son tan semi-calvos y afeminados como los de París. Los volcanes arrojan cenizas y lodazales en vez de luceros y torrentes de luz. ¿Por qué no me felicitas por el pintorezco vestido de plumas á la moda de Adán y Eva, que antes usaban las indias nativas? Dejemos esas revistas retros-

pectivas de la tierra de Colón y vamos á lo real y cierto.

Pasó la fiesta inaugural, y en verdad que todo fué mejor de lo que yo esperaba. No creía tan adelantada la sociedad josefina. Lo que no me faltó fué mi arete, el señor Rakoski.

Ahora voy á hacerte una agradable confidencia. Entre los jóvenes leones que me acosaban con sus obsequios, ninguno me llamó la atención. Pero entre los concurrentes no pude menos que notar cierto caballero cuya distinción y buenas maneras me sorprendieron; Julio Espinosa. En lo físico es muy parecido á Maxime du Theil tu primo, pero es más alto y de un moreno á la mora. Puede ser que su indiferencia conmigo fuera su principal mérito, pero... no, es indudablemente más bien formado y mejor organizado que los otros de su especie.

No vayas á pensar que la confidencia de que te he hablado se reduce á la descripción del señor don Julio. Mi secreto es otro, y me da pena confiártelo; allá va pues. En mi anterior te digo que estaba muerta de fastidio, y otras cosas por el estilo..... y así era la verdad en aquella sazón; hoy no veo tan negra la situación. Después de la fiesta, me ha parecido más puro el aire de esta ciudad, y las casas las encuentro menos viejas y feas. La nostalgia de París, ha pasado del estado agudo, al crónico..... No rías con tu modo burlón de tu pobre amiga..... prefiero que te burles de Rakoski, para lo cual paso á contarte la siguiente aventura. Mi novio *in partibus* pilló un baño caliente en el hotel de Benedictis. El criado Puk, se distrajo y cerró la llave por donde viene el agua fría y dejó correr la caliente creyendo hacer lo contrario. Avisó al amo que estaba listo el baño; Rakoski se desvistió y entró á él con decisión. Caer en el agua y comenzar á asarse fué obra de un segundo. Saltó el Polonés fuera de la tina rojo como un camarón, y con una voz estentórea llama á Puk; acude éste, y apenas entra al cuarto es cojido por Rakoski y sumido en la caldera hirviendo con todo y casaca y reloj; bramido horrendo del criado y alarma general en el hotel; médicos, cirujanos, la policía y los pasajeros rodean á los dos imbéciles..... y todo concluye por dos botellas de Champagne que se aplica el Polonés para olvidar su desventura.

A propósito de ventura ¿Sabes que Espinosa es un joven agradabilísimo y simpático? No por eso creas que me deslumbra; todo se reduce á recordar que en la tierra de los ciegos el tuerto es rey. Adiós y dime qué piensas de tu

DELFINA.

(Continuará.)

SIRIO.

## NOTAS.

Nos es muy grato saludar atentamente á la prensa del país y extranjera.

Suplicamos á los lectores disimular el que, á pesar de su título, por ahora este periódico no salga con grabados; esta falta será tan sólo mientras las planchas nos vienen de Europa. Desde luego se verá que nuestra intención es la de presentar buenas ilustraciones.

Esperamos que todos acepten con gusto nuestro periódico, consiguiendo con ello la estabilidad de él, y al propio tiempo el desarrollo de nuestra naciente literatura. Suplicamos encarecidamente á todas las personas á quienes enviamos este periódico, si no acepta la suscripción, se sirvan dar aviso; pues de lo contrario las consideraremos como suscriptoras.

Por haber quedado incompleta y por considerarla de mucho interés, empezamos de nuevo la publicación de la novela costarricense *Risas y llanto*, de nuestro notable colaborador, *Sirio*.

Para todo lo concerniente á "Costa Rica Ilustrada" se servirán entenderse directamente con el propietario y administrador, don Próspero Calderón.

Hemos tenido el gusto de recibir cuatro interesantes publicaciones hechas en la importantísima casa editorial de los señores Appleton & C<sup>ª</sup> de nueva York.

"Dora" por Carlota Breame; "Pan, queso y besos" por B. L. Farjeon. "El Caballero don Juan Jalifax" por la señorita Mullock y "Principios generales de Mécanica" por el Doctor don Darío González.

Tales son los títulos, y tales los nombres de los autores de esas preciosas obras cuya amena lectura y conocimientos útiles no vacilamos en recomendar á nuestros lectores, en la seguridad de que agradecerán nuestra indicación.

Suplicamos á los señores Appleton y C<sup>ª</sup>. que continúen favoreciéndonos con sus importantes libros; también suplicamos á todas las demás casas editoriales nos honren

con el envío de sus publicaciones, las que recomendaremos convenientemente, y también haremos juicios críticos de algunas de ellas.

## AVISOS.

Vendo á precios sumamente bajos un surtido de objetos para barbería. Perfumería de primera clase. Sombreros de pita muy finos. Aprovechar la ocasión, señores barberos.

J. R. MATA.

El "Repertorio Salvadoreño", publicación mensual de ciencias y bellas letras, consta de 64 páginas. Se admiten suscripciones al ínfimo precio de \$ 1-50 al año.

Dirigirse á la administración de "Costa Rica Ilustrada."

Importante al comercio y demás casas anunciadoras.

"Costa Rica Ilustrada," se publicará cada diez días y circulará en cantidad de 2,000 ejemplares por número.

Se admiten anuncios á precios reducidos.

**PRIMOROSOS** puños para bastones y los mejores relojes de oro enchapado para señoras y caballeros, acaban de llegar y se venden baratos en la tienda de

CARDONA & H<sup>º</sup>

Antiguo local de J. R. R. Troyo & C<sup>º</sup>

**EDUARDO E. FOURNIER.**

Se hace cargo de la Agencia de toda clase de Periódicos, Libros, Folletos, &., &.

OFICINA:

En la Administración de "Costa Rica Ilustrada."

San José, 10 de Julio de 1890.

## JENARO CASTRO MENDEZ, CORREDOR JURADO Y COMISIONISTA.

Tiene el honor de ofrecer sus servicios al público en general y en particular á todas aquellas personas que han honrado con su confianza la firma

## ECHEVERRIA Y CASTRO.

Calle Central, N., frente á la Dirección de Obras Públicas.

Correo 103.—Cable, Méndez.